

Argenleaks

O'Donnell, Santiago

Buenos Aires, Sudamericana, 2011. 358 páginas.

La reciente publicación de *Argenleaks* se enmarca en la extendida preocupación por comprender cómo es la relación Argentina-Estados Unidos en la era kirchnerista. En 2011, la relación bilateral, históricamente conflictiva, volvió a estar en el ojo de la tormenta. Los cables filtrados por *Wikileaks* que se fueron conociendo, primero a través de la edición de distintos medios de prensa, y luego a partir de este libro de Santiago O'Donnell, van develando la trama oculta de cómo se construye el vínculo entre la clase dirigente local y la diplomacia con sede en Washington. Los documentos diplomáticos, que tradicionalmente se conocen, desclasificación mediante, muchos años después de haberse producidos, ahora están accesibles a pocos meses de haberse escritos. Esto se lo debemos a Julián Assange, con quien O'Donnell tuvo un (fugaz) contacto directo en Londres, y a quienes pugnan por eliminar los secretos en las relaciones diplomáticas. Tras el cimbronazo que implicó la aparición de los primeros cables, a fines de 2010, la relación bilateral pareció volver a tensarse en las primeras semanas de este año. Primero, cuando se conoció que Obama, en el marco de su gira presidencial por América del Sur en el mes de marzo, no visitaría la Argentina (el presidente estadounidense circunscribió su estadía a Brasil, Chile y El Salvador). Luego, cuando estalló el escándalo del avión estadounidense requisado por la aduana argentina. Lo que nos muestran estos últimos roces entre la Casa Blanca y la Casa Rosada es la necesidad de revisar, en la actualidad y en la historia, la conflictiva relación entre Argentina y la principal potencia mundial. Entendiendo que es fundamental conocer de primera mano los documentos diplomáticos, el libro de O'Donnell constituye un acervo fundamental para quienes quieran comprender las

diversas contradicciones que signan el vínculo argentino-estadounidense en el inicio del siglo XXI.

Wikileaks es una organización internacional que publica en Internet documentos diplomáticos “filtrados”, provenientes de fuentes anónimas cuyo origen no se revela. El 28 de noviembre de 2010, esta organización logró filtrar más de 250.000 cables del Departamento de Estado estadounidense y/o de sus embajadas en todo el mundo. Es la mayor filtración de documentos secretos de toda la historia. La organización brindó esa información en principio a cinco grandes periódicos europeos y estadounidenses, que la fueron publicando. Se generó, entonces, un amplísimo debate sobre el carácter de la organización *Wikileaks*, sobre la libertad de prensa, sobre los secretos diplomáticos, sobre la seguridad de Estados Unidos y sobre la transparencia e internet. Más allá de los debates, lo cierto es que miles de documentos que los historiadores deberíamos esperar al menos un cuarto de siglo para conocer, ahora están disponibles para todos, generando un sinnúmero de consecuencias políticas. De esa masa de documentos, aproximadamente el 1% se refieren a la Argentina. Una síntesis de esa documentación es la que conocemos a través de *Argenleaks*.

La prensa local, en un principio, fue republicando aquellos documentos que aparecían en *El País*, uno de los diarios que había escogido Assange. Pero en febrero de 2011, esta organización, asediada por múltiples presiones y disgustada con los grandes periódicos, se contactó también con O'Donnell, periodista de *Página/12*, y le entregó un *pendrive* con los documentos referidos a la Argentina, experiencia cuasi-novelesca que relata el autor en su libro.

¿Qué revelan los cables filtrados por *Wikileaks* sobre la relación entre Argentina y Estados Unidos? Sobre esta cuestión, pueden hacerse diversas lecturas: centrarse en las denuncias que aparecen en los cables (la relación de ciertos funcionarios argentinos con el lavado de dinero, por ejemplo); analizar el doble discurso de políticos del gobierno y de la oposición (buscar cómo algún ex jefe de gabinete despotrica en privado contra su jefe político); vislumbrar cómo

encumbrados empresarios o periodistas son interlocutores habituales de la cancillería estadounidense; entender cómo ciertos dirigentes de la oposición no dudan en pedir a la Casa Blanca que interfiera en los asuntos internos argentinos (como un jefe de gobierno, que pide que se endurezca la política contra la Casa Rosada); dilucidar cómo opera la Casa Blanca para contener a los procesos políticos potencialmente más radicales en América Latina (pidiéndole al gobierno argentino que contenga a Hugo Chávez o a Evo Morales); analizar la forma sesgada en que los grandes medios internacionales y nacionales seleccionan, editan y presentan los cables de *Wikileaks* (mostrando cómo actúan en muchos casos en función de los intereses de grandes grupos económicos o de los gobiernos que los financian a través de la publicidad oficial); descubrir cómo existen periodistas reconocidos considerados como “propios” por la embajada de Estados Unidos... Todas estas líneas de análisis, y muchas más, se pueden desarrollar sobre la mega-filtración.

Hasta la aparición de *Argenleaks*, la mayoría de los documentos de *Wikileaks* referidos a la Argentina los conocimos a través de dos periódicos de circulación nacional. *Página/12* y *La Nación*, uno oficialista y otro de oposición, acordaron con la organización de Assange, en los meses de febrero y marzo, ir publicando los documentos del Departamento de Estado vinculados con Argentina. Se comprometieron, además, a publicar *online* los documentos completos. Claro que cada uno, según su línea editorial, editó y publicó cuestiones totalmente distintas cada día.

Desde el 20 de febrero, *Página/12* publicó, entre otras, las siguientes notas: un pronóstico de Duhalde en 2004 de que el triunfo electoral de Bush era lo más conveniente para Argentina; un pedido de Macri a la embajadora estadounidense para que Washington endureciera su posición con la Casa Rosada; un reclamo del presidente de Cargill Argentina, Cristian Sicardi por la creciente regulación del gobierno argentino, en pleno conflicto del campo; el asesoramiento del sucesor de Yabrán a la Embajada, en el caso de la valija de Antonini Wilson; las de la

embajada norteamericana en pos de que el fiscal Alberto Nisman no investigara a Menem, Galeano, Anzorreguy, entre otros, por el desvío de la causa AMIA; Monsanto apela a la embajada para que represente sus intereses, en el marco de la discusión sobre el debate sobre los nocivos efectos ambientales del glifosato o la soja transgénica; el senador mendocino Sanz pide a la embajada más dureza contra el gobierno argentino; el temor a la incorporación de Venezuela al Mercosur, lo que lo haría un bloque regional antinorteamericano; la preocupación de la embajada por un aumento del 5 al 10 % del impuesto sobre la minería; le expectativa estadounidense de vender armamento a Argentina, si acordaba con el Club de París y se salvaban ciertos obstáculos.

La selección de *La Nación* fue, por cierto, muy distinta: las críticas de CFK a Chávez, que habla sin pensar y tiene una “mentalidad caribeña”, calificativo también pronunciado para referirse a Evo Morales; los elogios de la presidenta a Obama; la búsqueda por parte del gobierno argentino de mejorar las relaciones con la Casa Blanca y de lograr una entrevista personal con Obama; la presión para que Obama visitara el país en su gira latinoamericana; la evaluación de países del G-7 en pos de expulsar a Argentina del G-20, tras la Cumbre de Washington del 2008; los elogios de Estados Unidos a un fallo de la corte argentina sobre libertad sindical; la visión de Moyano como un matón; los planteos pro-norteamericanos de Amado Boudou y su reconocimiento de los problemas en el funcionamiento del INDEC; la salud mental de CFK; el análisis de Aníbal Fernández como el funcionario más pronorteamericano; la calificación de Néstor Kirchner como un psicópata, por parte de Sergio Massa; o la supuesta ignorancia económica del ex presidente Kirchner, señalada por Mario Blejer.

En el primer caso, la selección de los cables se enfoca en resaltar el carácter intervencionista del gobierno estadounidense, cómo intenta sembrar la discordia en América Latina y cómo la oposición se reúne asiduamente con LA Embajada para pedir que hagan más frágil la situación del gobierno nacional. En el segundo caso, la edición resalta la doble cara del gobierno, lo aislada que está la Argentina,

las quejas por sus contradicciones, el doble discurso del gobierno en relación a los procesos políticos venezolano y boliviano, y las pujas internas de políticos que públicamente se muestran dentro del universo K.

El libro de O'Donnell tiene un mérito, que es dar a conocer nuevos documentos, que por razones editoriales no habían sido publicados por los principales medios argentinos (ni tampoco en *El País*, de España). En ese sentido, y como destaca Martín Becerra en el prólogo del libro, O'Donnell intentó superar la polarizada escena mediática local. Reuniendo, además, buena parte del corpus documental del capítulo argentino de *Wikileaks*, esta obra permite un análisis menos fragmentario del fenómeno. El libro no pretende ir mucho más allá. Más que avanzar en un análisis de cada uno de los hechos y procesos aludidos en los documentos, se remite más bien a contextualizarlos. Esto podría ser señalado como una limitación, pero el autor en ningún momento promete más que lo que ofrece.

El libro reúnen documentos del período 2003-2010 y está organizado "alfabéticamente", tomando los casos o personajes más relevantes. Entre los temas y personas seleccionados, se destacan la AMIA, Antonini Wilson, Boudou, Cargill, Cavallo, CFK, Clarín, Duhalde, Hezbolá, Irán, Joaquín Morales Solá, Lanata, Macri, Massa, Menem, Monsanto, Montoto, Néstor, O'Donnell, Pampuro, Sanz, Tinelli, Wayne, Yabrán y Zannini.

A partir del valioso aporte de los documentos reunidos en *Argenleaks*, hay una serie de cuestiones que nos parecen fundamentales destacar. En primer lugar, los cables muestran cómo la diplomacia estadounidense opera, en tanto principal potencia mundial, en función de sus intereses geoestratégicos: apelando al gobierno argentino, por ejemplo, para limitar las acciones más radicales de gobiernos como el venezolano, boliviano o ecuatoriano; presionando a la Casa Rosada para que endurezca su posición contra el régimen iraní (lo cual tuvo cierto éxito, a diferencia de lo que ocurrió, por ejemplo, con el gobierno de Lula, quien sí recibió a Ahmadinejad); instando al gobierno nacional a que suscriba acuerdos de

desarme nuclear, a los cuales se resisten otros países latinoamericanos; y, fundamentalmente, alentando la división entre los países de la región. En segundo lugar, permiten observar cómo la embajada estadounidense acciona defendiendo sus intereses económicos en la región: ya sea alentando las exportaciones de ese país hacia Argentina, promoviendo los intereses de los “fondos buitres” de ese país, o defendiendo directamente a las transnacionales de origen estadounidense, como en el caso de *Kraft* (durante el conflicto con los trabajadores de la alimentación que llevó a la toma de su planta) o de *Cargill* (exigiendo a la embajada que presionara contra las regulaciones establecidas por el gobierno nacional). En tercer lugar, permiten apreciar la “doble cara” de la clase dirigente local (cómo muchos políticos locales dicen en la embajada lo que no declaran en público): desde contener a Chávez y Evo, o plantear una admiración por Estados Unidos que no pueden expresar abiertamente, hasta pedir directamente al Departamento de Estado que esmerile al gobierno nacional, o las peleas internas, expuestas abiertamente ante la Embajada. Lo mismo ocurre con la prensa: cables que dan cuenta de “periodistas cautivos” de la embajada, y cómo los usan para sus operaciones de prensa locales. Aunque también, en el caso de *Clarín*, muestran cómo a veces este grupo dificultó el entendimiento entre la Embajada y el gobierno de los Kirchner.

El caso *Wikileaks* generó mucha incomodidad, no sólo a la diplomacia estadounidense y al gobierno de Obama (principales perjudicados por la mega-filtración), sino a los distintos gobiernos, políticos, empresarios, informantes y periodistas con asidua relación con las embajadas estadounidenses. Lo interesante es que nunca nadie desmintió la veracidad de ninguno de los documentos, con lo cual podría aseverarse que, más allá de cómo sean usados por las corporaciones periodísticas que los van publicando, son una fuente inestimable de información. Como señala O'Donnell en la introducción, lo único que no está en discusión es que los cables filtrados son reales. Si en un principio, en Argentina, muchos intentaron rebajar lo que podrían revelar (al plantear que eran meros chismes,

incluso escritos por funcionarios de segunda o tercera línea de la Embajada, tomando como fuentes publicaciones periodísticas de escaso rigor), lo cierto es que meses más tarde, y gracias al acuerdo de *Página/12* y *La Nación* con Wikileaks, tanto el oficialismo como la oposición utilizaron las revelaciones para “llevar agua para su propio molino”. Pero nadie puede salir indemne de este escándalo. Los cables publicados en *Argenleaks* terminaron refrendando diversos análisis críticos sobre la actual relación con Washington, sobre la política exterior argentina y sobre las diversas concepciones sobre la defensa de la soberanía nacional.

Estados Unidos, aún la principal potencia a nivel mundial, sigue gozando de un poder inusitado. Su Embajada en Buenos Aires, más que un símbolo, es un poder real en el país. Se inmiscuye en los asuntos internos, opera a favor de las empresas estadounidenses, y también presiona en pos de alentar la “balcanización” latinoamericana. Mientras tanto, muchos políticos argentinos, oficialistas y de la oposición, quedan en evidencia con un doble discurso. Defensores públicos de la soberanía nacional y de la integración latinoamericana, en realidad en privado morigeran sus posiciones. También muestran los documentos que la mayor parte de la población argentina sigue abonando el histórico sentimiento anti-yanqui. Eso explica, en parte, la diferencia entre las posiciones públicas y las ofrecidas en los encuentros privados en la Embajada. Electoralmente, mostrarse cercano a Estados Unidos sigue siendo *piantavotos*. Eso también explica ciertas “sobreactuaciones” en los años electorales. Y no hablamos acá de “sobreactuaciones” en el sentido de cierta crítica por derecha, que supone positivo un vínculo más estrecho con la potencia del norte. Hablamos de sobreactuación en relación a una relación bilateral que, en términos generales y como señala O’Donnell, es mucho más cordial que lo que se plantea a viva voz.

Leandro Morgenfeld

Docente UBA / ISEN.
Investigador del CONICET
Contacto: leandromorgenfeld@hotmail.com